CAPÍTULO CUARTO

ORIENTE MEDIO. IRAK Y AFGANISTÁN

ORIENTE MEDIO. IRAK Y AFGANISTÁN

JOSÉ LUÍS CALVO ALBERO

A lo largo de 2008, la región de Oriente Medio continúa con su tradicional y triste papel de foco principal de conflictos a nivel global. Como en años anteriores, el endémico conflicto árabe-israelí ha cedido con frecuencia las cabeceras de los titulares de prensa a las intervenciones occidentales en la región lideradas por EEUU en Irak y Afganistán. Y también a dos escenarios potenciales de conflicto mucho más preocupantes: Irán y los dudosos objetivos de su programa nuclear, y Pakistán, un país cuyo riesgo de implosión se hace cada vez más evidente.

En Irak y Afganistán la evolución de los acontecimientos continúa la tendencia de 2007. La situación de estabilidad parece consolidarse en el primero, pese a todas las dudas que se plantean sobre la continuidad de esta situación a medio y largo plazo. En Afganistán, por el contrario, la situación sigue deteriorándose, y 2008 ha sido el peor año desde la caída del régimen talibán en 2001. El problema no es tanto que los grupos insurgentes estén obteniendo la victoria sobre el terreno, como que la falta de resultados en los ámbitos militar, político y económico, provocan un progresivo hastío tanto de la población local como de la opinión pública internacional.

La crisis provocada por el programa nuclear iraní continúa abierta, aunque las posibilidades de un ataque militar norteamericano o israelí parecen diluirse aparentemente ante las dificultades técnicas de la operación, las posibles repercusiones en Irak y Afganistán, y también cierta esperanza en que las elecciones del próximo año den como resultado un gobierno iraní menos radical en sus planteamientos.

Para Pakistán, 2008 ha sido un año trascendental. Se ha sucedido el abandono del poder por el ex Presidente Musharraf, las elecciones

y el asesinato de Benazir Butho, y el recrudecimiento de los conflictos en la frontera afgana y en Cachemira. El país está asegurándose además, el dudoso privilegio de convertirse progresivamente en el principal escenario de la guerra contra el terrorismo trasnacional; y tanto la administración norteamericana entrante, como los grupos yihadistas coinciden en este análisis. Son demasiados acontecimientos para un estado ya de por sí inestable, fuertemente sacudido por la crisis financiera internacional, y que además posee armas nucleares.

Mientras tanto, el enfrentamiento entre israelíes y palestinos continúa con su tónica habitual de sucesivas treguas y violaciones; con ambas partes considerablemente bloqueadas en sus posibilidades de avanzar hacia la solución del problema. Israel, por una crisis política de que se arrastra desde hace más de un año, y los palestinos, por la división, que se ha convertido ocasionalmente en guerra abierta, entre Hamas y la Autoridad Nacional Palestina. La ofensiva israelí iniciada a finales de diciembre, que ha ocasionado el mayor número de víctimas palestinas desde hace muchos años, estaba orientada a debilitar el control que Hamas ejerce en Gaza, quizás de forma decisiva. Pero tampoco estuvo ausente el habitual componente electoralista, con el partido en el gobierno Kadima intentando demostrar su capacidad para utilizar la mano dura, arañando así votos al bloque derechista Likud, que se presentaba como favorito en las elecciones de febrero.

De momento, la intervención israelí sirve para aumentar la irritación en el mundo árabe y la alarma en el mundo occidental, con dudosas posibilidades reales de terminar con Hamas. En cualquier caso, el momento en el que se lanzó la ofensiva, justo antes de las elecciones y también antes de la toma se posesión de la nueva administración norteamericana, parecía pretender un efecto contundente, pero también limitado y a corto plazo.

En cualquier caso, y pese a sus trágicos resultados (1300 palestinos y 13 israelíes muertos en apenas tres semanas), el final de la ofensiva apenas ha modificado la situación en la Franja de Gaza. Se esperan ahora las iniciativas de la nueva administración presidencial norteamericana, cuyo primer paso ha sido el nombramiento de George Mitchell como enviado especial para el conflicto. Por otro lado, la muy apurada victoria del partido Kadima en las elecciones de febrero augura un largo periodo de negociaciones para formar gobierno. Algo que no beneficiará a las actuales

conversaciones indirectas entre Israel y Hamas para establecer una tregua estable de amplia duración.

Sólo las noticias acerca una actitud más moderada de Siria, que ha contribuido a relajar un tanto la explosiva situación en el Líbano, y que podría abrir las puertas a la negociación con Israel, arrojan en este año tímidos rayos de esperanza sobre un conflicto aparentemente insoluble.

Sobre el complejo y violento panorama de un Oriente Medio que se asemeja a un enorme polvorín, con algunas de sus instalaciones ya en llamas, se cierne además la sombra del movimiento yihadista, aunque 2008 no ha sido un año excesivamente positivo para sus fines. Irak ha supuesto ya una derrota y, pese a la prometedora situación en Afganistán y Pakistán, puede percibirse en las opiniones públicas musulmanas un cierto cansancio hacia el mensaje irracional de puro radical de los ideólogos de la Yihad global. Los grupos yihadistas trasnacionales pierden progresivamente su protagonismo ante grupos con intereses y objetivos más locales y realistas. Y cada vez corren más riesgo de convertirse de protagonistas en comparsas.

IRAK

La situación de violencia en Irak ha mejorado sustancialmente en el último año. Las bajas entre las fuerzas norteamericanas han alcanzado sus mínimos en todo el conflicto durante los últimos meses de 2008. Por esas mismas fechas, las muertes de civiles se redujeron hasta en un 80% respecto a lo que era habitual en la primera mitad de 2007. Y, aunque siguen produciéndose atentados diarios, el descenso de la violencia ha hecho posible que, en la mayoría de las provincias, se haya podido transferir la responsabilidad del mantenimiento del orden de las fuerzas multinacionales a las iraquíes. Como muestra de la nueva situación, las elecciones provinciales del 31 de enero de 2009 se han desarrollado en un clima inesperadamente pacífico.

La mejora en la situación de seguridad ha tenido sus lógicas repercusiones en la situación económica. Por primera vez desde el inicio del conflicto, la producción de crudo ha superado los niveles anteriores a la intervención norteamericana, y por primera vez, en las grandes ciudades, el suministro de energía eléctrica se ha acercado a lo que el régimen de Sadam era capaz de proporcionar. Tanto los negocios como la calidad de

vida han mejorado sustancialmente en muchas zonas del país, que hace apenas dos años solo podían ser calificadas como campos de batalla.

La relativa estabilidad ha permitido también una cierta consolidación institucional. La figura del Primer Ministro Nuri-al Maliki, a quién la Administración Bush consideraba absolutamente ineficiente a finales de 2006, se ha visto enormemente reforzada por los acontecimientos, y así parecen indicarlo los resultados de las elecciones provinciales de 2009. Las endémicas rivalidades entre grupos políticos sunníes, chíies y kurdos no han impedido el acuerdo en temas trascendentales para el país, como el plan de retirada de las tropas norteamericanas.

La mayor parte del mérito de la nueva y esperanzadora situación se ha atribuido al teniente general David Petraeus, nombrado jefe de la Fuerza Multinacional en Irak en enero de 2007, puesto desde el que dirigió el cambio de estrategia sobre el terreno que se conoció popularmente como «*The Surge*» (1). Sin embargo, y sin quitar ningún mérito a la labor del General Petraeus, el cambio de rumbo en Irak fue probablemente el resultado de un proceso largo y complejo, al que también contribuyeron líneas estratégicas aplicadas anteriormente, como el acercamiento a las tribus sunníes, un cambio en el enfoque diplomático y el relevo casi total de los responsables del conflicto entre 2005 y 2006.

Los Elementos del Cambio Estratégico

El Despertar Sunní

A finales de 2005, el principal núcleo de la insurgencia, originalmente sunní y baasista, localizado en el Centro y Oeste del país, había sufrido ya un agudo desgaste en su lucha contra las fuerzas multinacionales. Aunque las ofensivas norteamericanas se habían mostrado insuficientes para acabar con la insurgencia, ésta encontraba cada vez mayores dificultades para mantener el control de áreas y localidades. Las bajas y la destrucción sufrida en las zonas de población sunní pesaban también sobre la moral de los insurgentes, cuyos líderes eran en muchos casos jefes locales.

(1) La traducción de «The Surge» al español no resulta sencilla. Una traducción literal podría ser «repunte» o «crecida», aunque estos términos no son habituales en el lenguaje militar o estratégico español. Un término que se utiliza a menudo es el de «escalada», aunque no significa exactamente lo mismo, ya que «Surge» tiene un sentido más limitado en el tiempo. Debido a esta dificultad en este documento se utilizará el término original en inglés.

Las dificultades de la insurgencia local sunní llevaron a una relevancia cada vez mayor de los grupos de voluntarios extranjeros, encuadrados dentro del movimiento internacional yihadista. Las acciones en las que éstos se habían especializado, como ataques suicidas y secuestro de rehenes occidentales, obtenían un gran repercusión en los medios de comunicación con un coste relativamente escaso. Los yihadistas podían aportar también recursos de importancia utilizando sus redes de financiación, reclutamiento y propaganda. Así, pese a que el número de combatientes extranjeros en Irak nunca sobrepasó el 10% del total de insurgentes, su importancia relativa aumentó desproporcionadamente. Se hizo especialmente famoso el grupo *Monoteísmo y Yihad*, dirigido por Abu Musab al Zarqawi, que después se convirtió oficialmente en *Al Qaeda en Irak.*

El progresivo peso de los voluntarios extranjeros llegó a alarmar a los propios líderes locales de la insurgencia. Disgustaba su protagonismo mediático, pero lo que realmente producía más alarma eran tanto sus métodos, como su fuerza creciente y difícilmente controlable. El problema principal era la divergencia de intereses estratégicos entre los yihadistas y la insurgencia iraquí. Un fenómeno, por otra parte, tradicional en todo conflicto en el que un grupo local recibe el refuerzo de voluntarios pertenecientes a un movimiento internacionalista. Los voluntarios son inicialmente bien recibidos, ya que suponen una apreciable fuente de recursos, propaganda e incluso legitimidad. Pero si su poder llega a hacerse excesivo, se convierten más en un problema que en una ayuda, y esto también ocurrió en Irak.

Para los yihadistas su objetivo se enmarca dentro de una estrategia global de lucha contra Occidente y los gobiernos «desviados» del mundo musulmán. Dentro de esa estrategia, el hecho de que Irak pueda arder hasta sus cimientos tiene poca importancia, siempre que se avance en el camino de los objetivos globales. Evidentemente, para los insurgentes sunníes, con intereses mucho más locales, la visión era muy diferente. Y la lucha contra el ocupante no se hacía a cualquier precio. Por eso, cuando los yihadistas comenzaron a realizar atentados indiscriminados, a ejecutar a aquellos líderes locales considerados poco entusiastas, y a organizar grupos armados que competían con las milicias sunníes por el control del territorio, muchos jefes insurgentes pensaron que la situación se estaba convirtiendo en insostenible.

En 2005, comenzaron a producirse enfrentamientos entre grupos de yihadistas y milicias locales, aunque tenían carácter puntual, normalmen-

te relacionado con el control de zonas específicas. Sin embargo, el punto de ruptura se produjo en febrero de 2006, con motivo de la voladura de la mezquita de Al Askari, lugar sagrado del chiísmo irakí. El atentado fue realizado por yihadistas, dentro de una estrategia para promover el enfrentamiento entre sunníes y chiíes, creando una situación de guerra civil generalizada que sería beneficiosa a sus intereses.

Pero para la insurgencia sunní local las consecuencias fueron desastrosas. La primera fue comprobar como las milicias chiíes, que habían crecido en la sombra, sin sufrir en la misma medida la presión de las operaciones norteamericanas, habían alcanzado un grado insospechado de fortaleza. En unos meses barrieron a las milicias sunníes de amplias zonas del territorio iraquí, incluyendo barrios enteros de Bagdad. La población sunní fue objeto de una brutal campaña de limpieza étnica, que la igualmente brutal campaña terrorista de los yihadistas no podía equilibrar. De repente, los jefes de la insurgencia se encontraron arrinconados y exhaustos por las operaciones militares norteamericanas, exterminados en algunas zonas por unas milicias chiíes inesperadamente potentes, y aliados con unos grupos yihadistas que aplicaban una estrategia irracional, y además amenazaban con hacerse con el control total de la insurgencia.

La consecuencia de esta crítica situación se tradujo en un cambio de bando progresivo. Los ocupantes norteamericanos representaban ahora una amenaza mucho más aceptable que la combinación de grupos chiíes y yihadistas. Los líderes tribales comenzaron a negociar con las autoridades militares norteamericanas, comprometiéndose a cesar en sus operaciones contra las fuerzas de ocupación, siempre que éstas respetasen la existencia de las milicias, y apoyasen su lucha contra los yihadistas de Al Qaeda. Fue el denominado «Despertar Sunní», un movimiento que se dirigía abiertamente contra los voluntarios yihadistas extranjeros, pero que tenía sus raíces profundas en los intentos de los líderes de la insurgencia por salir de un túnel estratégico que les llevaba directamente hacia el desastre.

El *Despertar Sunní* comenzó en la provincia de Al Anbar en 2005, pero se intensificó a lo largo de 2006. Pese a que la iniciativa de negociar con estos grupos se atribuye con frecuencia al general Petraeus, fue en realidad su predecesor, el general Casey quién, mucho antes de que el primero asumiera el mando en Irak, comenzó este proceso. En realidad, la idea de negociar con los grupos insurgentes encajaba mucho mejor en la estrategia de Casey, más proclive a buscar soluciones locales, que en la posterior de Petraeus, bastante más agresiva.

Los norteamericanos no solo estaban dispuestos a negociar con los líderes sunníes. También aceptaban financiar a sus milicias, que comenzaron a denominarse «*Hijos de Irak*», y a proporcionarles armas y equipo. Evidentemente, la peligrosidad de esta estrategia no pasó inadvertida. Y el más alarmado fue el propio gobierno iraquí de Al Maliki, que veía a los *Hijos de Irak* más como una amenaza que como una solución. Pero el movimiento creció alimentado por el apoyo norteamericano, y en 2008 el número de sus miembros se encuentra en torno a los 100.000 (2).

La aparición de los *Hijos de Irak* supuso un golpe demoledor para Al Qaeda en Irak. Sus miembros fueron prácticamente expulsados de sus anteriores santuarios en la provincia de Al Anbar y tuvieron que refugiarse precariamente en la zona de Diyala. No obstante, los yihadistas no han desaparecido, y se lo han hecho pagar muy caro a los líderes iniciadores del movimiento. Uno de sus fundadores, el jeque Abdul al Rishawi, fue asesinado en septiembre de 2007. Y decenas de líderes sunníes han sufrido la misma suerte. Por otro lado Al Qaeda en Irak, aunque debilitada, sigue realizando atentados casi diarios. Pero sus miembros deben recurrir ahora mucho más a la clandestinidad, se han vuelto mucho más vulnerables y sin duda mucho menos influyentes.

El *Despertar Sunní* también permitió invertir las tornas en la pugna entre sunníes y chiíes, algo que benefició enormemente a la estrategia norteamericana, especialmente a la *Surge* de 2007. La pacificación de las zonas más conflictivas, como la provincia de Al Anbar, permitió a Petraeus utilizar gran parte de sus fuerzas para presionar a las milicias chiíes en el área de Bagdad. Estas últimas, especialmente el Ejército del Mahdí, se encontraron de repente en una situación similar a la de sus enemigos un año atrás: acosados por los norteamericanos, y por las revitalizadas milicias sunníes. La presión provocó que su líder, Moqtada al Sadr decidiera declarar un alto el fuego unilateral en el verano de 2007, lo que probablemente constituyó el momento decisivo de la *Surge*.

En definitiva, el *Despertar Sunní* fue uno de los elementos principales para el cambio de rumbo en Irak, aunque su utilidad a corto plazo para la estrategia norteamericana pueda tener su reverso en sus posibles consecuencias a largo plazo, si las milicias no terminan por integrarse en las fuerzas de seguridad iraquíes o disolverse.

(2) BBC News. http://news.bbc.co.uk/2/hi/middle_east/7644448.stm

El cambio de rumbo diplomático

En enero de 2005, Colin Powell cesó como Secretario de Estado, siendo sustituido por Condoleezza Rice, hasta entonces Asesora de Seguridad del Presidente. El relevo de Powell por Rice significó una revitalización del papel del Departamento de Estado en la gestión del conflicto iraquí.

Las ideas de Colin Powell sobre la dirección del conflicto nunca encajaron del todo con las del Presidente Bush, y en ocasiones entraban en franco desacuerdo con las del Secretario de Defensa, Donald Rumsfeld. Esta falta de sintonía fue la principal razón para su relevo. Condolezza Rice, sin embargo, se había ganado la plena confianza de Bush en su anterior cargo, y tenía un indudable ascendiente sobre el Presidente. Paradójicamente, esta mayor sintonía con la línea oficial, le proporcionaba una libertad de acción mucho más amplia para variar los objetivos de la diplomacia. Su llegada a la Secretaría de Estado permitió además sacar al departamento de la situación de marginación dentro de la administración que sufría en la época de Powell.

Rice emprendió un proyecto de reforma de la diplomacia norteamericana denominado *Transformational Diplomacy*. Sus objetivos eran, sobre todo, reforzar la capacidad de influencia de la diplomacia en las zonas en crisis. Una de las consecuencias fue el aumento en el personal diplomático destinado en Irak y Afganistán, y también una mejor gestión de la ayuda al desarrollo, tras la creación del puesto de Director de Ayuda Exterior.

Rice también promovió la búsqueda de soluciones regionales a los conflictos, lo cual tenía una clara consecuencia en el caso de Irak y Afganistán: había que mejorar de alguna forma la comunicación tanto con Irán como con Siria, países con los cuales las relaciones estaban congeladas, pero que ejercían una considerable influencia (normalmente negativa) en el conflicto iraquí. En esa dirección había apuntado también el informe del *Iraq Study Group* publicado a finales de 2006 por encargo del Presidente Bush.

La actividad diplomática de Rice en 2005 se concentró en permitir que el proceso político en Irak se desarrollase con éxito. Un asunto esencial para ello era que tanto las instituciones como la nueva Constitución disfrutasen de un amplio grado de consenso, y eso significaba integrar en el proceso político a grupos bastante problemáticos, como la población

sunní, volcada en el apoyo a la insurgencia, o los radicales chiíes de Moqtada al Sadr. Pese a unos resultados iniciales que daban poco motivo para el optimismo, en 2006, tanto algunos partidos políticos sunníes moderados, como los seguidores de Al Sadr, estaban representados en el Parlamento Iraquí.

El asunto de las relaciones con Siria e Irán era si cabe aún más delicado. La llegada a la presidencia de Mahmoud Ahmadinejad y la reactivación del programa nuclear iraní no eran los mejores antecedentes para mejorar las relaciones diplomáticas. Por si fuera poco, el papel de Irán en el conflicto iraquí crecía progresivamente, y la captura de personal de los grupos *Qods* (3) dentro de territorio iraquí, demostró el apoyo del régimen de Teherán a diversas milicias chiíes. El poder de éstas había aumentado espectacularmente en 2006, hasta el punto de que se habían convertido en la mayor amenaza para las fuerzas norteamericanas.

En esas circunstancias, Rice mostró siempre una actitud muy firme hacia Irán, condenando sin paliativos su programa nuclear, y el apoyo prestado tanto a las milicias iraquíes como a *Hezbollah* en Líbano. Pero pese a condenas, presión, e incluso amenazas, nunca cerró totalmente la puerta a discretas negociaciones. La diplomacia norteamericana jugó con la incomodidad de muchos dirigentes iraníes con los excesos de Ahmadineyad, así como con la posibilidad de aumentar espectacularmente el apoyo a la oposición iraní, o con la amenaza de un ataque militar, formalmente orientado a terminar con el programa nuclear iraní, pero que a nadie se le escapaba que supondría una importante amenaza para la supervivencia del régimen islámico.

Pero quizás la mayor carta en este tira y afloja diplomático la jugó Rice en el propio Irak. A finales de 2006, coincidiendo con los preparativos para la escalada, la diplomacia norteamericana se olvidó de las muchas sospechas que el gobierno del Primer Ministro Al – Maliki le producía, y decidió apoyarlo contra viento y marea. El respaldo norteamericano, que implicaba traspasar competencias y permitir decisiones hasta entonces vetadas, incrementó la capacidad de maniobra de Al Maliki aumentando su independencia respecto a Irán y reforzando su prestigio. El riesgo de que el apoyo y confianza norteamericanos pudiese empujar definitivamente a

(3) La Fuerza Qods (Jerusalén) es un grupo de operaciones especiales de la Guardia Revolucionaria Iraní especializada en el apoyo y entrenamiento de milicias islámicas chiíes en el extranjero.

los dirigentes del partido *Dawa* (4) fuera de la esfera de influencia de Irán, tuvo con seguridad mucho que ver con la disminución del apoyo iraní a las milicias radicales chiíes. Y como consecuencia con la disminución de la violencia a partir del verano de 2007.

«The Surge» y el cambio de actitud sobre el terreno

La idea de que era necesario realizar un esfuerzo extraordinario en Irak para dar un giro radical a la situación, especialmente en Bagdad, se gestó tras la derrota republicana en las elecciones legislativas de noviembre de 2006. La estrategia a aplicar fue inicialmente denominada *New Way Forward* e incluía una serie de medidas políticas, económicas y militares. Sin embargo, la atención del público y los medios de comunicación se concentró en estas últimas, especialmente en el anunciado incremento de fuerzas (*surge)* en Irak durante algunos meses. Y finalmente, el término *Surge* sustituyó a *New Way Forward* como denominación popular de la nueva línea estratégica.

En realidad, desde el punto de vista militar, la *Surge* no significaba una gran novedad, pero llegaba ciertamente en un mal momento. Los niveles en los que se iban a incrementar las fuerzas, hasta unas 20 brigadas de combate, con un número de efectivos en torno a los 160.000, se habían alcanzado con anterioridad. Por ejemplo durante las elecciones de enero y diciembre de 2005. Pero a principios de 2007 una parte importante del personal de las fuerzas armadas, especialmente del Ejército y el Cuerpo de Marines, estaba ya exhausto. Sólo el primero había desplegado 683.330 soldados (incluyendo Guardia Nacional y Reserva) en Irak y Afganistán entre 2001 y finales de 2006. De ellos, 163.949, esto es prácticamente un 25%, habían realizado más de un periodo de servicio (5). Las bajas en ambos conflictos alcanzaban los 33.000 entre muertos y heridos y muchos de los reservistas habían agotado los tiempos de movilización de sus contratos. Y había sido preciso aumentar los periodos de servicio en Irak a 15 meses para hacer frente a la crisis de personal. En esas con-

(4) El Partido Dawa fue durante la dictadura de Sadam Hussein, el principal grupo opositor chií. Muchos de sus dirigentes estuvieron exiliados en Irán, y se asume que el régimen iraní tiene todavía una fuerte influencia sobre sus decisiones. En los últimos años el Dawa ha sido el partido chií más votado, aunque siempre se ha visto obligado a gobernar en coalición.

(5) *Tan, Michelle*. «Deployment Data underscore the strain of combat operations». *Army Times.* Dec 06. http://www.armytimes.com/legacy/new/1-292925-2395712.php

diciones muchos mandos militares, incluyendo el general Casey, opinaban que un incremento de 30.000 efectivos podría ser insostenible.

Inicialmente, la *Surge* tenía objetivos limitados, circunscritos al área de Bagdad. El fin último de la operación era frenar la degradación de la situación de seguridad en la capital, alejando el riesgo de guerra civil abierta, y dando al gobierno iraquí una ventana de oportunidad para poder consolidar su control al menos en Bagdad. Para dirigir la operación, se eligió al teniente general David Petraeus, cuya labor previa en Mosul, al mando de la 101 División Aeromóvil había sido elogiada por su eficacia. Petraeus había dirigido además la redacción de un nuevo manual contrainsurgencia para el Ejército, en el que defendía procedimientos diferentes a los utilizados hasta entonces en Irak, fomentando la visibilidad de las fuerzas militares y su interacción constante con las fuerzas locales y con agencias e instituciones civiles.

La principal novedad de la *Surge* fue precisamente este cambio de actitud, que se produjo en realidad mucho antes de que los refuerzos previstos llegasen al teatro de operaciones. Desde el primer momento Petraeus sacó a sus fuerzas de sus bases ultrafortificadas, construyendo puestos avanzados, desde los que fuerzas norteamericanas e iraquíes debían controlar cada barrio mediante patrullas frecuentes y contactos con sus habitantes. En este despliegue no se evitó ninguno de los puntos más conflictivos, incluso el barrio bagdadí de Al Sadr, totalmente dominado por las milicias del Ejército del Mahdi.

La mayor parte de los 30.000 nuevos efectivos se encuadraban en cinco nuevas brigadas. Dos de ellas se desplegarían directamente en la capital, mientras las otras tres lo harían en las zonas adyacentes: las provincias de Diyala, Sala-ah-Din, Al Anbar y Babil. Las experiencias previas demostraban que incrementar la presión solo en capital no conduciría a nada, pues los insurgentes se refugiarían en las zonas circundantes, esperando un mejor momento para regresar a Bagdad. Era preciso crear una gran tenaza que abarcase los alrededores la capital aplastando progresivamente a yihadistas, tribus sunníes aún hostiles y milicias chiíes, evitando que pudieran buscar refugio en sus feudos tradicionales.

En febrero de 2007, con las primeras tropas de refuerzo llegando todavía al teatro, comenzó la operación *Fard-al Qanoon.* En esencia, se trataba de extender el despliegue de fuerzas estadounidenses e iraquíes desde sus posiciones habituales hacia las zonas más peligrosas de la capital. Esta extensión se llevaba a cabo mediante la instalación de Puestos

Avanzados, pequeños puntos fortificados que las patrullas conjuntas utilizaban como base para patrullar e instalar controles. Cuando la zona se aseguraba, el puesto avanzado se ampliaba hasta convertirse en una J*oint Security Station* (Estación Conjunta de Seguridad, JSS). En estas estaciones desplegaban no solo las patrullas militares norteamericano-iraquíes, sino también fuerzas de policía y equipos CIMIC (6), que intentaban llevar la sensación de seguridad y normalidad a la población civil. Se planearon miles de proyectos de desarrollo financiados con fondos CERP (7) para mejorar la calidad de vida de la población y ganar su apoyo.

En definitiva, se trataba de invertir la situación habitual hasta entonces, recuperando la iniciativa para las fuerzas de la Coalición, y colocando a los insurgentes a la defensiva. Esta forma de actuar implicaba un elevado riesgo, y así se demostró entre febrero y junio de 2007, periodo que se convirtió en el más sangriento de la guerra para los norteamericanos, con 493 soldados muertos. Pero los beneficios pronto comenzaron a ser evidentes. El mayor contacto con la población civil permitió obtener una inteligencia mucho más precisa sobre el adversario. Y la mejor coordinación entre fuerzas multinacionales, fuerzas locales y proyectos de reconstrucción hizo posible completar el ciclo operación militar –estabilización– reconstrucción, algo que se había conseguido en raras ocasiones con anterioridad.

El efecto acumulativo de la progresiva llegada de refuerzos norteamericanos también se hizo notar y, en junio de 2007, con las cinco brigadas adicionales ya desplegadas en el país, Petraeus lanzó la segunda fase de operaciones de la Surge. La Operación *Phantom Thunder* extendió las operaciones más allá del área de Bagdad, centrándose en las provincias adyacentes, especialmente en Diyala, donde se habían refugiado numerosos grupos yihadistas, escapando de *Despertar Sunní* de Al Anbar. Finalmente, en agosto se lanzó la operación *Phantom Strike*, cuyo objetivo era atacar los grupos residuales de Al Qaeda en Irak y el Ejército del Mahdi, a lo largo del territorio irakí.

Lo cierto es que a Petraeus no se le había dado mucho tiempo para conseguir resultados tangibles. En septiembre de 2007 debía comparecer ante el Congreso, junto al embajador Crocker, para dar cuenta de los

(6) CIMIC: Civil Military Co-operation. Rama de las fuerzas armadas que se ocupa de las relaciones y coordinación de las autoridades militares con las civiles y con las agencias humanitarias.

(7) CERP (Commander,s Emergency Response Program). Fondos puestos a disposición de los jefes de unidad para llevar a cabo proyectos de ayuda humanitaria y reconstrucción que ayuden a la consecución de los objetivos de cada operación.

resultados obtenidos con la nueva estrategia. Dicha comparecencia se consideraba como una prueba para decidir si ésta funcionaba o no, y para tomar en consecuencia nuevas decisiones. La creciente presión de muchos congresistas y senadores demócratas para un plan de repliegue de fuerzas de Irak convertía el acto en un acontecimiento crucial desde el punto de vista político.

Petraeus y Crocker pudieron presentar un balance positivo de la Surge, aunque lo cierto es que los acontecimientos más alentadores se habían producido apenas un mes antes. Los incidentes en Al Anbar y Bagdad se habían reducido significativamente en agosto, y el 29 de ese mes, Moqtada al Sadr había ordenado a sus milicias iniciar un alto el fuego de seis meses. Las razones para esa decisión tenían que ver con el desgaste que la ofensiva norteamericana había provocado entre sus seguidores, situación que habían aprovechado otras milicias chiíes, como los grupos *Badr* (8), para arrebatarles por la fuerza el control de áreas clave, como la ciudad santa de Kerbala.

La combinación de alianzas con las tribus sunníes, el arrinconamiento de Al Qaeda y la tregua del Ejército del Mahdí era lo suficientemente prometedora como para ratificar la validez de la nueva estrategia. Esto permitió a Petraeus solicitar la prolongación de la Surge hasta 2008, realizando solo un repliegue limitado de fuerzas en la Navidad de 2007. Con las 20 brigadas todavía en el país, fue posible prolongar la Operación *Phantom Strike* hasta enero de 2008, y lanzar posteriormente la Operación *Phantom Phoenix* para consolidar el control de Bagdad y zonas adyacentes.

El número de bajas civiles y militares se redujo espectacularmente entre septiembre de 2007 y febrero de 2008. En este último mes, murieron 29 soldados norteamericanos y unos 700 iraquíes, civiles, policías y soldados. En agosto de 2007, los números habían sido 84 y 1674 respectivamente. Sin embargo, en marzo y abril de 2008, la violencia creció de nuevo demostrando, como el propio general Petraeus había reconocido ante el Congreso, lo frágil y reversible de los progresos alcanzados.

La causa para el incremento de la violencia fue la ofensiva de las fuerzas de seguridad iraquíes contra el Ejército del Mahdi, que había renova-

(8) Los grupos Badr son el brazo armado del Consejo Supremo Islámico de Irak, una organización política chií, que junto con el Partido Dawa, mantuvo su oposición al régimen de Sadam Hussein en el exilio. Actualmente, el Consejo participa en el gobierno de Al Maliki, pero los grupos Badr siguen siendo un problema de seguridad, aunque se han utilizado a veces como contrapeso al Ejército del Mahdi de Moqtada al Sadr.

do su tregua en febrero, pero mantenía el control sobre las ciudades de Basora y Amara, así como grandes áreas de Bagdad. La ofensiva gubernamental presentó la novedad de ser la primera de gran entidad lanzada exclusivamente por fuerzas iraquíes, adoptando las tropas multinacionales una actitud de mero apoyo. Uno de los objetivos principales era demostrar las capacidades del gobierno para utilizar la fuerza, y su voluntad de disputar el control de las ciudades a cualquier milicia.

Desde el punto de vista militar, la operación fue un desastre. Las fuerzas iraquíes, mal coordinadas, perdieron docenas de vehículos blindados en los combates urbanos. Centenares de policías desertaron o se negaron a acatar órdenes, y tropas norteamericanas y británicas tuvieron finalmente que empeñarse en combate para salvar la situación.

Pero, pese a estos decepcionantes resultados, la ofensiva convenció a Al Sadr de que el gobierno de Al Maliki estaba dispuesto a presentar combate, y que podía movilizar considerables recursos para ello. E inevitablemente la próxima operación estaría mejor organizada. Ante esa dinámica de creciente presión por parte de las fuerzas de seguridad, y también de las fuerzas norteamericanas, para las que el Ejército del Mahdi se había convertido en la única insurgencia de entidad todavía activa, Al Sadr comprendió que su milicia terminaría por ser aplastada si se mostraba demasiado agresiva. En el verano de 2008, no sólo prolongó la tregua, sino que hizo un intento para desmovilizar a parte de sus milicias, convirtiéndolas en una organización cultural y religiosa.

En abril de 2008, Petraeus y Crocker comparecieron de nuevo ante el Congreso. La intervención del general volvió a ser optimista pero cautelosa, pese a que la situación sobre el terreno había mejorado sustancialmente respecto a septiembre del año anterior. Pidió que, aunque las unidades de refuerzo utilizadas en la *Surge* hubiesen terminado de replegarse en julio, se le concediese un periodo de evaluación de mes y medio antes de decidir sobre cualquier repliegue posterior. En términos prácticos, y teniendo en cuenta la celebración de elecciones presidenciales en EEUU en noviembre, eso significaba que el nivel de fuerzas se mantendría sobre los 140.000 efectivos hasta finales de año.

El futuro de Irak

2008 ha sido un año en el que los resultados conseguidos en la Surge de 2007 se han consolidado relativamente. A finales de año, pese a la per-

sistencia de atentados suicidas, ataques contra miembros del gobierno y algunos asesinatos sectarios, el nivel de violencia es el más bajo de los cinco años de conflicto. Esto es especialmente aplicable a las bajas de fuerzas norteamericanas, a las que nadie parece demasiado entusiasmado en atacar, probablemente porque nadie quiere desgastarse demasiado actuando contra un ocupante que prepara ya su repliegue.

El repliegue de las tropas norteamericanas se ha convertido precisamente en el tema político más importante en 2008. Gran parte del año se ha empleado en arduas negociaciones para fijar los términos de la presencia norteamericana en el país, una vez que finalice el plazo del mandato de Naciones Unidas el 31 de diciembre. En noviembre, los gobiernos norteamericano e iraquí alcanzaron un acuerdo sobre las pautas que debe seguir el proceso. Según éste, a mediados de 2009, las fuerzas de EEUU abandonarían las grandes ciudades, y dejarían la mayor parte de las tareas de seguridad a las fuerzas iraquíes, centrándose en el adiestramiento, y en caso necesario en el apoyo a esas fuerzas. A finales de 2011, los últimos soldados norteamericanos abandonarían el país.

Este calendario, elaborado todavía por la administración Bush, encaja relativamente bien con la agenda de la administración entrante de Barack Obama. Éste había prometido retirar las fuerzas norteamericanas en 16 meses, lo cual marcaría una fecha para el final del repliegue en algún momento de la segunda mitad de 2010, es decir más de un año antes de lo finalmente acordado. Pero el hecho de que las tropas norteamericanas cesen en sus actividades de combate a mediados de 2009 puede convertir los plazos en aceptables. En cualquier caso, a nadie se le escapa que el repliegue de las fuerzas de EEUU de Irak va a ser una operación enormemente compleja, tanto desde el punto de vista de la seguridad como del meramente logístico. En consecuencia tratar de autoimponerse plazos muy ajustados podría resultar bastante perjudicial.

Sin embargo, lo sorprendente de las negociaciones no ha sido tanto el acuerdo entre el gobierno iraquí y el norteamericano, como el que se ha alcanzado en el seno de las propias instituciones iraquíes, hasta ahora caracterizadas por su casi absoluta incapacidad para el consenso. Y no es que faltasen puntos de desacuerdo entre los principales partidos del país. Algunos grupos radicales, incluso dentro del gobierno, como el bloque Al Sadr, apoyaban un repliegue mucho más rápido, mientras que el bloque sunní, temeroso por las perspectivas de quedarse solos en un país con un gobierno esencialmente chií, pedían plazos más amplios.

Ha sido la actitud pragmática de Al Maliki, y de su grupo político Dawa, la que ha facilitado en gran medida el acuerdo. Por un lado, el texto marca claramente la voluntad iraquí de que se produzca el fin de la presencia norteamericana, y fija una fecha para ese final, con lo cual se satisface en gran medida a los radicales. Pero por otro, el plazo de tres años es suficientemente amplio, y existe cierta flexibilidad para modificar este acuerdo en ciertos detalles con posterioridad. De hecho, no es descartable que se mantenga una presencia limitada de fuerzas norteamericanas más allá de 2011. Así pues, los partidos temerosos de un repliegue demasiado rápido también pueden estar razonablemente satisfechos.

Pero la relativa facilidad a la hora de alcanzar el acuerdo hace pensar en que, aparte de la habilidad negociadora del gobierno de Al Maliki, puede haber existido ciertas facilidades por parte de Irán. De hecho, el texto del acuerdo incluye un punto extremadamente interesante para el gobierno iraní, como es el compromiso norteamericano de no utilizar el territorio de Irak para atacar a sus vecinos. Esto aleja de hecho la posibilidad de que EEUU lance un ataque sobre territorio iraní para intentar terminar con su programa nuclear. Tal ataque sería todavía posible desde Kuwait, o desde portaaviones en el Golfo Pérsico (9), pero las posibilidades de una campaña aérea prolongada se reducen. Y las de operaciones terrestres quedan prácticamente eliminadas.

Así pues, resulta inevitable pensar en algún tipo de entendimiento entre EEUU e Irán, al menos en el nivel de los gestos. La limitación en la actividad de las milicias chiíes, que ha permitido reducir los niveles de violencia en el país, tiene probablemente algo que ver con una nueva actitud iraní. A este respecto es significativo que se haya reducido espectacularmente el uso de artefactos explosivos perfeccionados, como los EFP (10), que provocaban la mayor parte de las bajas norteamericanas, y cuyo origen se situaba en Irán. Y la nueva actitud iraní puede que haya tenido su contrapartida en una retórica norteamericana progresivamente moderada respecto a la posibilidad de un ataque militar sobre territorio iraní.

---

(9) Existen también posibilidades de utilizar el territorio afgano para el ataque, pero es una opción bastante problemática. Primero por la previsible oposición del gobierno del país, y segundo por las escasas infraestructuras existentes en el oeste de Afganistán para sostener una campaña aérea de entidad.

(10) EFP: Explosively formed penetrador (penetrador formado al explosionar). Se trata de un tipo de artefacto explosivo en el que la carga se moldea en forma de cono invertido, produciéndose al explosionar un chorro de gas incandescente que, orientado hacia el objetivo, puede perforar casi cualquier blindaje. Su sofisticación y otros indicios apuntan a Irán como productor de estos artefactos utilizados especialmente por la insurgencia chií.

Cuando se planeó la Surge, a finales de 2006, a nadie se le escapaba su naturaleza de última oportunidad para enmendar el rumbo desastroso del conflicto irakí. Y también para preparar un digno repliegue de las fuerzas norteamericanas. No se esperaba pues que la nueva estrategia consiguiese recuperar los objetivos que la administración Bush se planteó en 2003, ni siquiera los de la *Nacional Strategy for Victory* de 2005. Simplemente se esperaba que pudiese evitar los peores escenarios de futuro.

Y en este aspecto, la *Surge* ha funcionado razonablemente bien. El peor escenario posible, un Irak sumido en el caos de una guerra civil a múltiples bandas; quizás fragmentado, y convertido en santuario terrorista y foco de inestabilidad en la región, parece haberse evitado de momento. El segundo escenario menos favorable, que se identificaría con un Irak hostil a EEUU e Israel, quizás aliado con los intereses iraníes y sirios, no parece tampoco probable, aunque eso dependerá en gran medida de cómo evolucionen las relaciones entre el gobierno iraquí y el norteamericano durante el periodo de repliegue de las fuerzas multinacionales. No obstante, el equilibrio entre diversas facciones dentro del país, y el acentuado nacionalismo tanto de sunníes como de chiíes, hace muy difícil que Irak pueda volcarse totalmente tanto hacia Irán como hacia Siria.

Sin embargo, si los dos escenarios menos favorables aparecen como improbables, algo similar puede decirse del escenario optimista perseguido en 2003. Un Irak estrecho aliado de EEUU, caballo de Troya de las democracias occidentales en Oriente Medio y regulador del mercado del crudo, resulta hoy todavía más improbable que un país sumido en el caos. El futuro que cabe esperar resultará más modesto para las expectativas estratégicas norteamericanas, pero aún así no estará exento de posibilidades muy interesantes.

Sin duda resultará complicado que el futuro Irak sea un aliado fiel de EEUU, pero todavía se puede conseguir que, al menos, no sea un actor hostil. Y su papel como mediador en la región para la administración norteamericana entrante puede ser enormemente valioso. Un Irak que mantenga relaciones correctas con EEUU puede ser un excelente interlocutor con Irán, a la vez que un actor capaz poner a Siria en el dilema de aislarse cada vez más o adoptar una actitud más dialogante en la región. Por otro lado, resulta indudable que un Irak estabilizado podrá añadir varios millones de barriles diarios a la producción mundial de crudo, lo cual ayudará a la moderación de futuras crisis energéticas, una vez que el crecimiento mundial se recupere de la parálisis actual.

El punto clave para lograr este escenario mas favorable radica en evitar que Irak termine convirtiéndose en un escenario similar al del Líbano. Un país relativamente próspero, pero atrapado en un complejo equilibrio entre grupos étnicos y religiosos con una inestabilidad endémica, en la que podrán alternar periodos de calma con otros de crisis y conflicto armado. Al igual que ocurre en Líbano, esta situación impediría a Irak alcanzar el estatus de actor relevante, con capacidad de influencia en la región, y lo convertiría en cambio en el tablero en el que se jugarían los intereses de sus vecinos.

AFGANISTÁN

Si hubiera que definir en una sola palabra la sensación que han producido los acontecimientos en Afganistán a lo largo de 2008, ésta sería desánimo. Esa sensación afecta por un lado, a la propia población afgana, que en 2001 albergó grandes esperanzas en que la intervención internacional sacaría al país del pozo de violencia y miseria en el que se había sumido en los últimos 20 años. Por otro lado, el desánimo ha hecho mella también en las opiniones públicas occidentales, que se ven enfrentadas al recrudecimiento de un conflicto remoto que se pensaba ya solucionado hace años.

Pero romper la tendencia actual del conflicto obligará a realizar un esfuerzo considerable, pues a lo largo de años de relativo abandono, la situación en Afganistán se ha complicado enormemente, afectando ahora de lleno al vecino Pakistán. Y el momento para pedir un esfuerzo adicional no es el mejor, debido tanto a la crisis financiera, como al cansancio después de siete años de conflicto.

El caso es que ya no se trata del combate contra una insurgencia más o menos numerosa, sino contra un complejo entramado de grupos tribales, tráfico de drogas, redes terroristas trasnacionales e intereses regionales. Frente a ellos, sólo se alza un gobierno poco eficiente y lastrado por la corrupción, y unas fuerzas internacionales insuficientes y saturadas por la inmensidad del territorio, la falta de infraestructuras y una población cada vez más escéptica.

Las causas del deterioro

Después de la caída del régimen talibán, la situación en Afganistán permaneció razonablemente estable hasta 2005. Gran parte de esa esta-

bilidad se debió a que la mayoría de la población se mostraba muy favorable a la presencia de fuerzas extranjeras; y también a que éstas, reducidas en número, no prodigaban su visibilidad. Los restos del movimiento talibán seguían combatiendo, utilizando como santuario las áreas tribales pakistaníes y manteniendo una actividad esporádica en la zona fronteriza. Pero sus acciones eran muy limitadas, y la mayor parte del país estaba totalmente libre de ellas.

Las posibilidades que presentaron estos años de estabilidad se desaprovecharon en gran medida, sobre todo porque gran parte de los recursos militares y financieros norteamericanos se desviaron hacia Irak. Así, en 2003, las fuerzas norteamericanas presentes en Afganistán superaban en poco los 12.000 efectivos. Las unidades encuadradas en la fuerza multinacional ISAF, desplegada en Kabul, aportaban apenas 6.000 más; y los fondos internacionales destinados para el desarrollo de un país en muchos aspectos más atrasado que la Europa Medieval, apenas alcanzaban los 22.000 millones de dólares para un periodo de cuatro años.

Como consecuencia, y aunque las condiciones de vida de los afganos mejoraron considerablemente, el impulso no fue suficiente para sacar a la mayoría de la población de la miseria, ni para construir instituciones estatales suficientemente sólidas. La escasez de fuerzas militares, y el refugio de la insurgencia en Pakistán, tampoco permitió acabar con los restos de los Talibán y la plana mayor de Al Qaeda. Pero lo peor fue que los escasos recursos militares no permitieron prestar el debido apoyo a las fuerzas de seguridad afganas, y éstas no se desarrollaron lo suficiente como para convertirse en alternativa a la falta de soldados occidentales.

En 2004 y 2005, al igual que ocurrió en Irak, el país realizó un proceso de transición política bastante correcto en sus aspectos formales, pero que difícilmente podía terminar con el sistema tribal y semifeudal que había regido el país por siglos. El refuerzo de los poderes del gobierno central, y el progresivo despliegue de policías y soldados afganos en todo el país, comenzó a despertar la tradicional inquietud de muchos jefes tribales, siempre hostiles a cualquier gobierno fuerte en Kabul. Esta inquietud se vio reforzada por el progresivo despliegue de fuerzas multinacionales (bajo mando OTAN desde 2003) en el oeste y el sur del país. Y también por el creciente discurso contra el cultivo de la adormidera del opio lanzado tanto por el gobierno como por las fuerzas extranjeras.

El opio era la principal fuente de financiación para muchas tribus, y probablemente la prohibición de su cultivo por parte de los Talibán tuvo

una influencia nada desdeñable en el rápido desmoronamiento de su poder en 2001. El mensaje lanzado contra la producción de opio, y el despliegue en 2006 de tropas británicas en Helmand, la principal provincia productora, terminó por desatar una dinámica progresivamente violenta. Los jefes tribales, especialmente los de etnia pashtún, difícilmente podían soportar la presencia de las fuerzas de seguridad nacionales en sus feudos, pero de ningún modo podían tolerar la de fuerzas extranjeras, que no ocultaban su intención de luchar contra los cultivos de adormidera.

Como consecuencia la violencia alcanzo niveles nunca vistos desde 2001. La causa no fue tanto un retorno de los talibán, como una insurrección de varias tribus pashtún en el Sur del país, que terminó por desestabilizar todavía más la zona fronteriza con Pakistán, y extenderse además al Oeste del territorio afgano. Rápidos de reflejos, y conscientes de los desastrosos resultados de su anterior política opuesta al cultivo del opio, los líderes talibán flexibilizaron su postura. Esto reconstruyó de nuevo la alianza entre estudiantes islámicos y tribus pashtún que diez años antes había permitido a los primeros conquistar el país, y que había quedado seriamente dañada en 2001.

La alianza entre talibán, tribus pashtún y narcotraficantes permitió aumentar de forma considerable los recursos de la insurgencia. Los beneficios del opio y el apoyo de las milicias tribales hicieron posible multiplicar las posibilidades de reclutamiento. Como en los años previos había sido imposible sacar el país de la miseria, resultaba fácil para los insurgentes contratar desempleados por un salario que podía triplicar el de un policía o un soldado del gobierno. La acción de la insurgencia se veía favorecida por el hecho de que el único vestigio del gobierno de Kabul que veían una gran parte de los afganos era una policía corrupta, que trataba de compensar sus menguados e irregulares salarios mediante la extorsión más escandalosa.

A lo largo de 2006 y 2007, las señales de alarma sobre la situación en Afganistán saltaron en la comunidad internacional. Y se procedió a un refuerzo de los medios militares y económicos empeñados en el conflicto. En enero de 2006, la Conferencia de Londres puso sobre la mesa otros 10.000 millones de dólares de fondos internacionales para la reconstrucción, a los que se añadió una cantidad similar en la Conferencia de París de 2008. Mientras tanto las fuerzas internacionales en el país aumentaban a finales de 2007 hasta los 60.000 efectivos, la mitad de ellos norteamericanos. Las dos operaciones militares en curso en el país, ISAF liderada por la OTAN y *Enduring Freedom*, bajo el mando

de EEUU, aumentaron su coordinación, quedando ambas bajo el mando de un general norteamericano.

Al mismo tiempo se redoblaron los esfuerzos para la organización y el adiestramiento de las fuerzas de seguridad afganas, lográndose resultados razonables en el ejército, y mucho menos alentadores en la policía. EEUU terminó por asumir la formación de los cuerpos policiales, inicialmente responsabilidad de Alemania, que no había logrado resultados positivos en los años anteriores.

Pero todas estas medidas, más algunas tomadas durante 2008, no han sido suficientes para frenar el deterioro de la situación. Las razones para este fracaso se explican por una combinación de motivos muy complejos. En primer lugar habría que referirse a la enorme dimensión del problema afgano. Uno de los países más pobres del mundo, que nunca ha tenido instituciones estatales en el sentido moderno del término, y que cuando ha estado próximo a tenerlas ha sufrido invariablemente un conflicto provocado por líderes tribales y religiosos. Los escasos periodos de estabilidad solo han tenido lugar bajo un sistema feudal, con un rey de poder limitado en Kabul y una amplia independencia de los grupos tribales. Huelga decir que la falta de instituciones estatales ha tenido como consecuencia la ausencia casi absoluta de infraestructuras, y uno de los niveles educativos más bajos del mundo.

El tribalismo de la mayor parte de la población alcanza niveles exagerados en la etnia pashtún, que vive a ambos lados de la frontera pakistaní, a la que nunca han reconocido como tal. De hecho, las tribus pashtunes han mantenido un permanente estado de sublevación contra cualquier gobierno fuerte, sea en Kabul, en Islamabad, o en la India británica. Su sentimiento tribal supera a cualquier otro de carácter nacionalista o religioso (11), hasta el punto de que, en ocasiones, se utiliza el término «Pashtunistán» para referirse al territorio habitado por los pashtunes, sobre el que nunca han reconocido la autoridad ni de Afganistán ni de Pakistán.

El caso es que las ni las escasas fuerzas internacionales presentes en la zona han sido suficientes para doblegar el irredentismo de los líderes pashtunes, ni las inversiones en reconstrucción y desarrollo han conven-

(11) Pese a que existe el estereotipo del pashtún fundamentalista islámico, esto no corresponde a la realidad en la mayoría de los casos. De hecho, las normas tribales, materializadas en el código «pashtunwalli» son prioritarias sobre el Corán, caso de que ambos entren en contradicción.

cido a la población pashtún de que quizás doblegarse en cierta medida pudiera ser rentable. El gobierno de Kabul tampoco ha sido capaz de mostrar las ventajas que las instituciones estatales pueden proporcionar a la población, y sus representantes han sido vistos más como saqueadores que como servidores públicos.

El segundo problema que ha hecho muy difícil la reacción contra la insurgencia ha sido la existencia del santuario pakistaní. Ya durante la invasión soviética de los años 80, las áreas tribales federalmente administradas (FATA) situadas en el Noroeste de Pakistán se convirtieron en refugio y base de operaciones para los mujahiddin afganos. A finales de 2001, los restos del movimiento talibán y de la plana mayor de Al Qaeda se refugiaron de nuevo en este territorio.

Allí, las facilidades para los insurgentes son muchas pues la población es mayoritariamente pashtún, los yihadistas extranjeros son tradicionalmente bien recibidos desde la época de la lucha contra los soviéticos, y existen todavía grandes campos de refugiados afganos que facilitan la labor de captación y reclutamiento de nuevos adeptos a la causa. El gobierno pakistaní solo tiene un control nominal sobre el territorio, siendo los jefes y consejos tribales los que ejercen su autoridad. La zona domina además, las principales rutas comerciales entre Pakistán y Afganistán, y por añadidura, las rutas de abastecimiento de ISAF desde el puerto pakistaní de Karachi.

Desde el principio del conflicto, EEUU presionó a Pakistán para que impidiese que el área de FATA se convirtiese en un refugio para terroristas e insurgentes. Pese a que la penetración de las fuerzas de seguridad pakistaníes en FATA no resulta nada sencilla, el gobierno del general Musharraf realizó un esfuerzo importante, orientado más contra los yihadistas extranjeros que contra las tribus locales.

Pero, pese a que miles de soldados pakistaníes han muerto en las áreas tribales en los últimos siete años, los resultados han sido más bien pobres. En parte, porque las propias instituciones pakistaníes, especialmente las fuerzas armadas y el servicio nacional de inteligencia, son reacias a actuar contra las tribus pashtunes, a las que han utilizado tradicionalmente como instrumento para influir en el vecino Afganistán. Y en parte porque la endémica inestabilidad de Pakistán, y en particular el conflicto con la India por el control de Cachemira, han impedido la concentración de suficientes fuerzas militares y policiales en la frontera afgana.

La falta de resultados, y la convicción de que FATA está siendo utilizada por talibanes y yihadistas como santuario, ha llevado a EEUU a lanzar frecuentes incursiones en territorio pakistaní utilizando aviones no tripulados (UAV,s) armados con misiles guiados. Estos ataques, que en 2008 se han hecho especialmente frecuentes (12), parecen ir dirigidos contra los dirigentes de la insurgencia, y especialmente contra los líderes yihadistas extranjeros o los líderes locales que les prestan un mayor apoyo. Los ataques han provocado también reiteradas protestas del gobierno pakistaní por la violación de su soberanía, aunque en general los ataques con aviones no tripulados son tolerados. Una cuestión diferente es la presencia de tropas extranjeras en el territorio de Pakistán. En septiembre de 2008 tropas pakistaníes hicieron fuego sobre dos helicópteros norteamericanos que transportaban fuerzas especiales, obligándoles a regresar a Afganistán.

El gobierno que surgió de las elecciones de 2008, sustituyendo al régimen de Musharraf ha mostrado una actitud ambigua respecto a la presencia de insurgentes en FATA. Por un lado ha lanzado la ofensiva militar más potente hasta el momento contra las redes insurgentes, al menos hasta que los atentados de separatistas cachemires en Bombay, a finales de noviembre, han hecho resurgir las tensiones con la India, obligando a volcar el esfuerzo militar en Cachemira de nuevo. Pero, por otro lado, se ha mostrado muy beligerante acerca de la intromisión norteamericana en los asuntos internos de Pakistán, y dispuesto a llegar a acuerdos locales con las tribus.

Los atentados de Bombay, entre el 26 y el 28 de noviembre de 2008 (13), han señalado de nuevo a Pakistán como centro del terrorismo yihadista, y han colocado al gobierno del país en una difícil encrucijada. La presión diplomática norteamericana, y las claras advertencias indias obligan al gobierno del primer ministro Al Zardari a revisar el funcionamiento de muchas de sus instituciones, intentando cortar los lazos entre éstas y los grupos yihadistas. Pero esto puede ser extremadamente peligroso en un país tan complejo e inestable como Pakistán. Y plantea además una grave crisis de identidad para muchos pakistaníes, especialmente para los

(12) Se han realizado unos 30 ataques de este tipo

(13) Esos días 10 terroristas armados, probablemente relacionados con la insurgencia de Cachemira, atacaron con armas automáticas, granadas y explosivos el corazón turístico y financiero de la ciudad, haciéndose fuertes durante casi tres días en algunos hoteles de lujo, y causando unos 170 muertes, entre ellas las de varios turistas y hombres de negocios occidentales.

miembros de las fuerzas armadas y de seguridad del estado, que han sido educados dentro de un estado en permanente *yihad* desde su creación.

En cualquier caso, los atentados de Bombay significaran a corto plazo que las autoridades pakistaníes estarán muy ocupadas por un tiempo en gestionar las tensiones con India, e inevitablemente eso son buenas noticias para la insurgencia afgana, que verá reducida la presión sobre su santuario en las áreas tribales.

La estrategia insurgente en 2008

Desde el punto de vista militar la situación ha empeorado claramente en 2008. Los insurgentes no solo no han retrocedido ante la presencia de más de 60.00 soldados aliados y 120.000 policías y soldados afganos, sino que han conseguido ampliar sus zonas de actuación.

Aparte de sus tradicionales feudos en el Este y el Sur del país, los talibán y grupos asociados se han infiltrado en las provincias que rodean Kabul, como Logar y Parwan, estableciendo de hecho un cerco progresivo sobre la capital. En el Oeste, las comunicaciones entre Kandahar y Herat se han visto sumamente perturbadas por las actividades insurgentes en las provincia de Farah y Herat, y especialmente en el distrito de Shindand, donde el número de incidentes se ha multiplicado (14). Además, la violencia se ha intensificado espectacularmente en zonas antaño pacíficas, como la provincia de Bagdhis, responsabilidad de las fuerzas españolas, donde bolsas de población pashtún se han mostrado progresivamente más agresivas.

La estrategia insurgente se asemeja en gran medida a la utilizada por los talibán en los años 90, cuando se hicieron con el control del 80% del territorio afgano. Por un lado, aislar progresivamente las grandes ciudades, y por otro, avanzar desde sus bases de operaciones en las provincias de Kandahar, Helmand y Uruzgan en dos direcciones, ambas rodeando el gran macizo montañoso situado en el centro del país: hacia Kabul por el Este y hacia Herat por el Oeste. A esta estrategia se une ahora la utilización cada vez más frecuente del terrorismo, orientado en gran medida hacia la capital, Kabul. En la segunda mitad del año, varias células terro-

(14) En el distrito de Shindand, provincia de Herat, es donde las fuerzas españolas han sufrido varias bajas, cuando deben patrullar la zona actuando como Fuerza de Reacción Rápida del Mando Regional Oeste.

ristas han concentrado sus ataques contra los trabajadores de agencias humanitarias con sede en la capital. La muerte de siete de ellos en unos meses ha supuesto un enorme golpe para las labores de reconstrucción y ayuda humanitaria en las que estas agencias están envueltas. Y han contribuido a aumentar dramáticamente la sensación de inseguridad en el mismo centro del poder gubernamental.

Pero, a la expansión territorial y el aumento de la frecuencia de los ataques, los insurgentes han añadido una mayor sofisticación en los procedimientos. Algunos ataques han alcanzado unos resultados desconocidos hasta ahora en el conflicto. En junio, en un asalto coordinado contra la cárcel de Kandahar, se liberaron unos 800 prisioneros, tras la muerte de una quincena de policías. En julio, el ataque a una base avanzada norteamericana en la provincia de Kunar terminó con nueve soldados norteamericanos muertos, quince heridos, y el abandono de la base. Y en agosto, una emboscada contra una patrulla francesa en la provincia de Kabul se convirtió en una batalla de veinticuatro horas con el resultado de diez soldados galos muertos y veintitrés heridos.

Los típicos procedimientos utilizados en Irak, como los artefactos explosivos improvisados y los atentados mediante terroristas suicidas han aumentado también en número y efectividad. En noviembre de 2007, un atentado suicida mató a seis parlamentarios en la provincia de Baghlan, y en la confusión que siguió a la explosión murieron casi ochenta personas, entre ellas cincuenta y nueve niños. En febrero de 2008, otro suicida mató a otras ochenta personas cerca de Kandahar. Y en agosto, un atentado contra la embajada india en Kabul mató a cuarenta y una personas, entre ellas varios funcionarios de la embajada.

Pero lo más preocupante de esta situación no es tanto el número de ataques o de víctimas, sino la evidencia cada vez mayor de que éstos responden a una estrategia bastante coherente y bien planificada. A esta impresión contribuye la creciente realización de ataques contra las vulnerables líneas de suministros de ISAF desde Pakistán. A finales de año, estos ataques han alcanzado una dimensión desconocida, especialmente en diciembre cuando casi 200 vehículos fueron destruidos en pocos días.

En definitiva la insurgencia liderada por los talibán, a la que se han unido un número creciente de tribus pashtún ha dejado atrás su ineficiencia habitual en años anteriores, y se ha convertido en un reto bastante inquietante para las fuerzas internacionales y el gobierno afgano. Los insurgentes son ahora capaces de desarrollar una estrategia compleja,

que puede combinar acciones de guerrillas para el control del terreno, atentados terroristas para destruir la moral enemiga y sabotear cualquier intento de reconstrucción, la desestabilización de Pakistán para conservar su libertad de acción en las zonas tribales, y la asfixia de las fuerzas internacionales mediante el ataque a sus líneas de suministro.

La reacción de los aliados

Frente a este panorama bastante desolador, tanto ISAF como las tropas norteamericanas de Libertad Duradera y las fuerzas del gobierno afgano tratan de reaccionar como pueden. Su eficacia se ve como siempre perturbada por la escasez de efectivos y la falta de consenso sobre la estrategia a aplicar, aspecto que afecta especialmente a los aliados de la OTAN en ISAF. El nudo de las discusiones se centra habitualmente en la disponibilidad de las tropas desplegadas y en el enfoque de la lucha contra los insurgentes.

Algunos gobiernos europeos como Alemania, Italia, España y Francia se muestran reticentes a que sus fuerzas puedan ser empleadas en las problemáticas zonas del Sur y el Este del país, y apuestan por una estrategia orientada no tanto a la acción directa contra la insurgencia, como a la consolidación de las instituciones afganas, especialmente de sus fuerzas de seguridad. Por el contrario Estados Unidos, Gran Bretaña y Canadá, apoyados en menor medida por Holanda y Dinamarca, consideran que tal consolidación es imposible mientras no se consiga reducir la insurgencia a la marginalidad. En realidad se trata de un debate muy similar al que se produjo en Irak antes de la *Surge*.

La escasez de efectivos ha producido efectos bastante perversos. Quizás el más dramático sea la excesiva utilización del poder aéreo para compensar la falta de fuerzas sobre el terreno. Lo cierto es que, sin el apoyo de aviones y helicópteros de combate, la situación de las fuerzas aliadas sería con frecuencia insostenible. Pero contra un adversario tan mezclado con la población civil, como son los talibán, los ataques aéreos tiene con frecuencia efectos dramáticos. Algunas milicias tribales combaten siempre en las inmediaciones de sus aldeas, y cuando los combates acaban se retiran a sus hogares. En otras ocasiones, grupos de insurgentes que se ven en apuros se refugian en pueblos y aldeas, intentando confundirse con los civiles. En cualquier caso, los ataques aéreos dirigidos contra lo que se suponen refugios y lugares de concentración de los insurgentes terminan con frecuencia con un elevado número de muertes civiles.

Estas muertes provocadas por operaciones aliadas, que se han hecho más frecuentes en 2007 y 2008 (15), suponen uno de los principales motivos de fricción entre las fuerzas militares extranjeras y el gobierno afgano. Y son también un argumento que, hábilmente explotado por la insurgencia, está erosionando considerablemente la imagen de ISAF y Libertad Duradera en Afganistán.

Desde los propios aliados de la OTAN se han recibido críticas a la estrategia de ataques aéreos, y peticiones para que se adopten otros métodos. Pero sobre el terreno resulta difícil plantear procedimientos alternativos. La solución que se propone con más frecuencia es suspender los ataques aéreos sobre edificios que se sospeche sean utilizados por los insurgentes, y que esos ataques se sustituyan por operaciones de cerco y registro.

El problema es que para ello sería necesario disponer de una enorme cantidad de fuerzas, fácilmente transportables a cualquier punto del país. Además deberían ser fuerzas locales, pues el registro de viviendas privadas por parte de fuerzas extranjeras e infieles podría tener consecuencias más negativas y sangrientas que los ataques aéreos. Pero incluso utilizando fuerzas locales, se trataría de un asunto problemático, hasta el punto de que difícilmente los gobernadores provinciales, de los que dependen las fuerzas de policía, aceptarían utilizar este procedimiento en sus áreas de responsabilidad, por temor a una sublevación generalizada.

Al igual que en Irak, se abre paso la idea de que el peso de la lucha contra la insurgencia debe ser asumido cada vez en mayor medida por las fuerzas de seguridad locales. Pero también al igual que en Irak, existe la convicción de que esto será imposible si no se consigue romper la dinámica de progreso de los insurgentes, y conseguir una ventana de tiempo durante la cual las actividades de estos se reduzcan al mínimo. Y para ello es necesario un esfuerzo temporal, pero de gran intensidad, llevado a cabo por fuerzas militares occidentales, que se coordine además con una política de reconstrucción más realista que la aplicada hasta el momento. A finales de 2008 se da prácticamente por hecho la aplicación de una versión afgana de la *Surge* iraquí para 2009.

---

(15) Un informe de Human Rights Watch identifica un total de 116 civiles muertos en ataques aéreos en 2006, 321 en 2007 y 119 en los siete primeros meses de 2008. En agosto de 2008 se produjo el incidente de este tipo con mayor número de víctimas. Un ataque aéreo en la provincia de Herat mató a unos 90 civiles según las autoridades afganas, y a más de 30 según las investigaciones posteriores de EEUU.

El presidente electo Barack Obama ya ha anunciado su intención de cambiar el esfuerzo estratégico de Irak a Afganistán. Y el Secretario de Defensa Robert Gates, confirmado en su puesto por la nueva administración, ha anunciado el refuerzo de su presencia militar en unos 20.000 o 30.000 efectivos en el país, lo que significaría prácticamente duplicar las cifras actuales. En octubre de 2008, el general Petraeus dejaba su cargo en la Fuerza Multinacional en Irak para asumir el mando del Mando Estratégico Central, con lo cual se convierte en responsable estratégico de las operaciones en Irak y Afganistán. Este nombramiento, junto con la permanencia de Gates en la secretaría de Defensa, se ha interpretado como un intento para aplicar en suelo afgano las mismas fórmulas que han dado tan buen resultado en Irak.

Evidentemente, las circunstancias en Afganistán son diferentes a las de Irak, y requerirán un enfoque estratégico diferente en muchos aspectos. Las declaraciones de los líderes políticos y militares estadounidenses inciden mucho en la necesidad de ser conscientes de esta diferencia.

El primer punto divergente con Irak es que el aspecto multinacional de la operación es mucho más importante y problemático. En Irak, pese a que en algunos momentos llegaron a desplegar hasta 30.000 efectivos de naciones aliadas, la abrumadora mayoría de las tropas y los recursos fue siempre norteamericana. Y el papel de las fuerzas aliadas muy secundario, a excepción del desempeñado por las tropas británicas. En Afganistán, sin embargo, el papel de la OTAN y otros aliados es fundamental. De hecho es ISAF, una misión militar de la Alianza, la encargada de dirigir las operaciones, mientras *Enduring Freedom* tiene una importancia secundaria más centrada en la lucha contra el terrorismo yihadista y el adiestramiento de las fuerzas locales.

El peso de las fuerzas norteamericanas es como consecuencia mucho menor que en Irak. De hecho, y en teoría, el general Petraeus solo controla *Enduring Freedom*, mientras que ISAF depende de la cadena de mando OTAN. Sin embargo, el jefe de ISAF es un general norteamericano, David McKiernan, que es a la vez jefe de *Enduring Freedom*. Y en la cúspide de la cadena de mando militar OTAN se encuentra otro general norteamericano, Bantz Craddock, por lo que nadie duda de que la estrategia general a aplicar en el conflicto vendrá de EEUU, y en gran medida de Petraeus. Pero los norteamericanos tendrán que convencer a unos aliados que aportan de momento el 50% de las fuerzas presentes en el teatro de operaciones, y controlan amplias áreas del país.

Un segundo aspecto que marca la diferencia con Irak, y que en ocasiones se olvida, es la enorme dificultad para mantener cualquier fuerza militar en Afganistán. El país no tiene salida al mar, las comunicaciones por tierra son precarias y peligrosas, y no existen apenas recursos locales que una fuerza extranjera pueda aprovechar para su abastecimiento. Gran parte de los recursos que reciben las fuerzas de ISAF llegan por vía aérea, lo cual encarece enormemente el despliegue, y limita el techo máximo de fuerzas desplegables. Otra parte, especialmente el combustible y el equipo pesado, llega desde el puerto pakistaní de Karachi, atravesando las zonas tribales del oeste de Pakistán y penetrando en territorio afgano a través de los pasos de Khyber y Spin Boldak.

Incluso cuando los insurgentes no atacan los convoyes de abastecimiento, el tránsito de éstos se puede ver alterado por múltiples circunstancias, desde huelgas hasta periodos de mal tiempo o accidentes que bloquean las carreteras durante días. En ocasiones, ISAF se ha visto obligada a retrasar operaciones de combate porque los niveles disponibles de carburantes no permitían un abastecimiento seguro.

Para resolver este problema se han abierto nuevas rutas desde el Norte, con el apoyo de Rusia y de los países limítrofes como Uzbekistán o Tayikistán. Pero esto no resuelve completamente el problema. Los acuerdos sólo permiten el tránsito de equipo no letal, lo cual excluye cualquier tipo de armamento, munición o vehículo de combate. E incluso el problema del carburante se soluciona sólo parcialmente, pues lo precario de las comunicaciones y la acción de los insurgentes hace muy difícil mover grandes convoyes de combustible desde el Norte del país hacia el Centro y el Sur. Además, Rusia realiza un doble juego en la zona, permitiendo por un lado el tránsito de mercancías para la OTAN, pero presionando a los estados de Asia Central para que no acepten instalaciones permanentes norteamericanas en su suelo. Consecuencia de esta política es el muy probable cierre de la base aérea de Manás en Kirguizistán, utilizada por EEUU y otros aliados, entre ellos España, para apoyar las operaciones en Afganistán.

Las dificultades logísticas limitan el número de efectivos que pueden ser desplegados con garantías de ser abastecidos correctamente. De hecho, en los años 80, la URSS nunca desplegó mucho más de 100.000 soldados en el país, pese a gozar de unas condiciones logísticas mucho más favorables, al disponer de frontera común con Afganistán. Y éste parece que será el techo más realista para cualquier incremento de fuerzas aliadas en 2009, y eso sólo a costa de reforzar espectacularmente el

transporte aéreo estratégico, y sus inevitables gastos, como única solución para compensar las deficiencias de las comunicaciones terrestres.

La limitación de efectivos internacionales tendrá que compensarse con un incremento de fuerzas locales. En este sentido parece orientarse la solicitud del gobierno afgano a los aliados para incrementar el tamaño de sus fuerzas armadas desde los 70.000 efectivos pactados en los acuerdos de Bonn (2002) hasta los 120.000, en un plazo de cinco años. Un proyecto que cuenta con el apoyo de Washington.

Respecto a la policía, también se han tomado medidas para reducir su endémica corrupción e ineficiencia. Probablemente la más importante sea el nombramiento de Hanif Atmar como nuevo ministro de Interior. Atmar está considerado como uno de los miembros más eficientes de los sucesivos gabinetes del gobierno afgano, y el que mejor es capaz de interactuar con agencias internacionales. Por otra parte, en 2006 y 2007, se procedió a una profunda reforma de los cuerpos policiales en Afganistán, disolviéndose la policía de carreteras, considerado el cuerpo más corrupto, y creándose un nuevo cuerpo de policía móvil (ANCOP) no dependiente de los gobernadores provinciales.

También se han integrado milicias tribales dentro de la estructura del Ministerio del Interior, con la denominación de Policía Auxiliar. Esta iniciativa no ha entusiasmado especialmente a los mandos militares norteamericanos, que consideran a las milicias tribales afganas más incontrolables que las iraquíes. Sin embargo, a finales de 2008, se ha comenzado un proyecto para financiar milicias tribales afganas con fondos norteamericanos, aunque se trata más bien de un experimento limitado.

En realidad, la posibilidad de que en Afganistán se produzca un fenómeno similar al «Despertar Sunní» en Irak es limitada. La razón principal es que las tribus pashtún nunca han permitido que los yihadistas extranjeros adquieran el peso dentro de la insurgencia que llegaron a tener en Irak. Todos los líderes insurgentes son pashtunes y no puede encontrarse esa línea de fractura entre tribus y yihadistas que se produjo en el conflicto iraquí. Ciertamente existen diferencias de intereses entre los líderes tribales y los del movimiento talibán, pero resulta bastante impensable que los primeros se alíen activamente con fuerzas extranjeras para combatir a los segundos. Un objetivo más realista es que las tribus cesen en su apoyo activo a los estudiantes islámicos, como hicieron en 2001. Así pues, el esfuerzo norteamericano probablemente no se orientará tanto a crear milicias que combatan abiertamente a los talibán –algo que no van

a hacer en ningún caso– como en conseguir que los líderes tribales les retiren su apoyo y negocien con Kabul.

Previsiones para 2009

En cualquier caso, la previsible ofensiva que EEUU pretende lanzar en Afganistán a lo largo de 2009 no será solo militar. Al igual que en Irak en 2007 y 2008, el esfuerzo deberá ser claramente multidisciplinar, necesitando un complejo planeamiento que pueda coordinar y sincronizar múltiples iniciativas. El esfuerzo diplomático resultará esencial, tanto para lograr un claro apoyo por parte de unos aliados afectados por cierta desmoralización, como para aplicar una política próxima al equilibrismo con Pakistán, tratando de mantenerlo como fiel aliado en la lucha contra los insurgentes sin desestabilizarlo aún más de lo que ya está. Las esperanzas puestas en la nueva administración norteamericana, y su ruptura con la imagen unilateral y agresiva de las administraciones de George W. Bush pueden constituir una importante ventaja en este difícil trabajo diplomático. Asimismo, el nombramiento de un negociador tan experimentado como Richard Holbrooke para el puesto de enviado especial en Afganistán y Pakistán ha creado ciertas esperanzas.

Si se consigue el apoyo pakistaní y un mayor compromiso aliado, la campaña militar que se avecina se facilitará enormemente. Pero, al igual que ocurrió en Irak, cabe esperar que el incremento de las acciones militares provoque un periodo extremadamente sangriento. Y teniendo en cuenta la naturaleza de la guerra en Afganistán, muchas de las víctimas serán civiles. La OTAN, la administración norteamericana y el gobierno afgano deberán estar preparadas para superar las feroces críticas que sin duda se producirán durante ese periodo, y eso significa alcanzar una unidad de acción muy superior a la mostrada hasta el momento. Para el nuevo Presidente de EEUU, que deberá mantener el papel esencial de su país como aglutinador de todos los actores en el conflicto será sin duda una dura prueba.

Pero los esfuerzos militares por sí solos difícilmente serán decisivos frente a un adversario tan integrado en su ambiente como la insurgencia pashtún. Los acuerdos con las tribus más moderadas a ambos lados de la frontera pakistaní para que cesen en su apoyo a los insurgentes resultarán inevitables. Y eso significará ofrecer contraprestaciones de cierta entidad, relacionadas con la recepción de ayuda económica, cierta permi-

sividad temporal sobre los cultivos de opio y la apertura de vías para integrar el sistema de autoridad tribal dentro de las instituciones del país.

La coordinación entre operaciones militares y reconstrucción será también esencial. Probablemente se impulsarán inicialmente los proyectos de reconstrucción financiados por unidades militares (*Quick Impact Projects*), ya que se pueden llevar a cabo incluso en difíciles condiciones de seguridad, y pueden producir beneficios visibles para la población a corto plazo. Pero si se quieren asentar esos beneficios, resulta imprescindible la coordinación entre las operaciones militares y la actuación de las agencias internacionales, que pueden llevar a cabo los grandes proyectos de reconstrucción a largo plazo.

En definitiva, se trata de poner en marcha una estrategia que integre todos los recursos disponibles en el conflicto, buscando el tradicional efecto del palo y la zanahoria. Las tribus pashtún, auténtico centro de gravedad de la insurgencia, tienen que verse en el dilema de afrontar una lucha armada muy costosa y con pocas posibilidades de éxito, o acogerse a unos acuerdos con el gobierno razonablemente beneficiosos para sus intereses.

Pero el éxito a medio y largo plazo de esta versión afgana de la *Surge*, dependerá, como en Irak, de la solidez que pueda demostrar el gobierno de Karzai. Aunque los jefes tribales insurgentes acepten acuerdos temporales, se reduzcan las acciones violentas y se impulse la reconstrucción, todo este entramado podría venirse abajo de nuevo en cuanto el gobierno demuestre la debilidad e ineficiencia que han sido sus pautas habituales en los últimos años. Por eso, la consolidación institucional resultará quizás el elemento más decisivo para cualquier estrategia en Afganistán. Y, de nuevo como en Irak, esa consolidación dependerá también de un inequívoco apoyo aliado al gobierno de Kabul, pese a que tal gobierno diste mucho de ser ideal desde el punto de vista occidental. La celebración de elecciones presidenciales en 2009 y legislativas en 2010 serán una oportunidad para reforzar la maltrecha legitimidad de las instituciones afganas.

En términos prácticos, la escalada en Afganistán implicará a corto plazo un notable coste para EEUU y la OTAN. Coste humano, económico y político, debido en gran medida a la desatención previa que ha sufrido el conflicto. Pero la posibilidad de que la campaña fracase supondría un coste aún mayor, que podría afectar a la supervivencia de una organización como la OTAN, e incluso a la credibilidad de EEUU y Europa a la hora de garantizar la seguridad de sus aliados.

YIHADISMO. FRACASOS Y EXPECTATIVAS

Para la intrincada red de grupos yihadistas salafistas que constituyen el núcleo del terrorismo islamista trasnacional, 2008 ha sido un año con resultados mixtos. Sin duda Irak ha sido un fracaso notable, aunque no se trata de una novedad ni tampoco de una batalla totalmente perdida. Algo similar ocurrió en los años 90 en Argelia, y en menor medida en Chechenia. La brutalidad de los voluntarios yihadistas, y el choque de sus intereses con los grupos insurgentes locales terminaron por provocar su aislamiento, e incluso por impulsar a la población local en su contra. Pero, pese al fracaso, los yihadistas continúan actuando hoy en día tanto en Argelia como en el Cáucaso. Y aprovechan cualquier oportunidad para renacer de sus cenizas.

En Irak ocurre algo similar. Pese a su debilidad, los grupos yihadistas siguen actuando diariamente en el país, en parte gracias al apoyo de grupos locales que no ha aceptado integrarse en el *Despertar Sunní* o en las fuerzas de seguridad del gobierno. Los terroristas tienen especial habilidad para hibernar en tiempos difíciles, reduciendo sus actividades al mínimo, dispuestos para despertar en cuanto las condiciones sean de nuevo propicias. Y en Irak existen todavía fundadas esperanzas en que tales condiciones se puedan dar en breve plazo de tiempo. Si, tras la retirada norteamericana, se produce el temido conflicto civil entre sunníes, chiíes y kurdos, las tribus sunníes verán de nuevo en los yihadistas a un valioso aliado a quién cortejar, dadas sus capacidades para proporcionar financiación, reclutamiento y propaganda internacional.

Por eso, aunque Irak supone de nuevo una demostración de las enormes dificultades para el triunfo de un movimiento internacionalista tan radical como el yihadismo, tampoco es un frente totalmente perdido.

Pero lo que realmente alimenta las esperanzas de los yihadistas son las posibilidades que ofrecen otros escenarios. Afganistán es uno de ellos, aunque paradójicamente no el preferido, sobre todo porque, como ya se ha apuntado más arriba, los talibán se han mostrado siempre muy satisfechos de recibir la ayuda de las redes yihadistas, pero poco dispuestos a cederles un ápice de autoridad en la dirección de la insurgencia afgana.

Por eso parece más bien Pakistán el país que hoy en día ofrece las mayores oportunidades, y probablemente será allí donde se concentren los mayores esfuerzos. En Pakistán sigue la plana mayor de Al Qaeda, elevada a la categoría de mito, aunque con un poder real actualmente bas-

tante dudoso. Pakistán es santuario y retaguardia en la lucha contra Occidente en Afganistán, contra la India en Cachemira y también para toda la pléyade de movimientos integristas que actúan en Asia Central, incluyendo la provincia china de Sinkiang. Y para algunos de esos movimientos –los que son útiles para los intereses nacionales pakistaníes– todavía existe la posibilidad de encontrar cierto apoyo institucional. Se trata, además, del estado con mayor número de habitantes musulmanes después de Indonesia, y el único del mundo islámico que se ha convertido en potencia nuclear. Y una gran parte de la población pakistaní ha crecido imbuida del espíritu de Yihad.

El colapso del estado pakistaní supondría un desastre de dimensiones colosales para la estabilidad de Oriente Medio y Asia. Sin embargo, no se trata de una posibilidad tan sencilla como pudiera pensarse, ya que las fuerzas armadas pakistaníes se mueven mucho más por sentimientos nacionalistas que religiosos, y han proporcionado tradicionalmente la articulación básica del estado, de buen grado o por la fuerza. Pero las consecuencias de ese colapso serían tan beneficiosas para el yihadismo que justifican cualquier esfuerzo para intentarlo. Y en esa línea pueden interpretarse, tanto el asesinato de Benazir Bhutto en diciembre de 2007, como el atentado contra el Hotel Marriot de Islamabad en septiembre de 2008, o los atentados de Bombay en noviembre del mismo año.

Pero existen todavía otras esperanzas para los terroristas islámicos. Y muchas de ellas se encuentran en África. En Somalia se ha producido un importante triunfo de los grupos yihadistas locales, que después de ser desarticulados por una intervención etíope con apoyo norteamericano a finales de 2006, han conseguido recuperarse, ocupar de nuevo la zona sur del país, y provocar el repliegue de las desgastadas tropas etíopes. Los combates en territorio somalí han pasado casi inadvertidos para la opinión pública internacional, disimulados por el problema de la piratería que afecta más directamente los intereses occidentales. Pero la situación en Somalia amenaza con extender la inestabilidad hacia Kenia, donde ya se acumulan 250.000 refugiados somalíes. Y también hacia la siempre frágil Etiopía.

Existe asimismo un cierto retorno del yihadismo a Argelia, donde tanto los grandes atentados, como el hostigamiento contra las fuerzas de seguridad se han recrudecido en estos últimos años. Y sobre todo, se ha producido un preocupante incremento de la presencia de yihadistas en el Sahel, un territorio donde el Islam se está expandiendo de hecho, y en el que la debilidad de los estados permite un fácil asentamiento para cualquier grupo terrorista.

Así pues, aproximándose a la estrategia yihadista de un modo global puede percibirse que el fracaso en Irak puede ser compensado por los logros en África, y las posibilidades en Pakistán y Afganistán, aparte de otros escenarios casi olvidados por Occidente como el conflicto entre el gobierno y las minorías musulmanas en el sur de Tailandia, o en Filipinas. En cualquier caso, ha sido una nueva demostración de las posibilidades y limitaciones de los yihadistas que conjugan una inmensa capacidad para la desestabilización, con una no menos inmensa incompetencia para ofrecer un futuro atractivo a las poblaciones locales. Ahí radica su punto más débil, y el aprovechamiento de esa debilidad es hasta el momento el camino más prometedor para conseguir su derrota.

Quizás, la constatación de este punto débil está detrás de la transformación que sufre hoy en día el movimiento yihadista. Las grandes organizaciones trasnacionales como Al Qaeda, con un ideario y unos objetivos disparatados de puro idealistas y ambiciosos, dejan paso a grupos mucho más centrados en cuestiones locales. Los Tribunales Islámicos de Somalia, Hamas, los grupos separatistas cachemires, el propio movimiento talibán o Hezbollah, la versión chiíta del yihadismo, aparecen como organizaciones más coherentes que Al Qaeda, con un ideario más realista, que contiene una menor inspiración salafista, mayor influencia de los Hermanos Musulmanes e incluso ciertas dosis de nacionalismo.

Sin renunciar a la Yihad global, se centran principalmente en establecer una versión integrista del Islam en sus estados de origen, poniendo en un segundo plano la lucha internacional. Un cambio de esquema que recuerda enormemente al sufrido por el comunismo soviético en los años 20 y 30 del pasado siglo, cuando fue preciso elegir entre asentar la revolución en la URSS o continuar con una revolución global.

Sin embargo, estos grupos continúan utilizando las redes trasnacionales creadas durante décadas de actividad yihadista, y que permiten atender a su financiación, propaganda, captación de inteligencia y reclutamiento. No descartan la colaboración y el apoyo mutuo, ni desprecian la aportación de los voluntarios extranjeros, aunque hagan lo posible por mantenerlos bajo control. Y se adhieren a las proclamas que muchos predicadores de la Yihad continúan haciendo en todo el mundo. Pero si se ven en la situación de tener que elegir, eligen siempre sus intereses locales.

Esta nueva generación de milicias y grupos terroristas islámicos es probablemente menos espectacular que Al Qaeda, pero también mucho más peligrosa. Sus objetivos son más realistas, su organización más com-

pleta, combinando la fuerza armada con la capacidad para presentarse como alternativa política o para aplicar políticas sociales. Y sus posibilidades de llegar a alcanzar el poder en algún estado son mucho mayores que las de sus poco prácticos antecesores internacionalistas.